

2 fot.

PAGINAS ILUSTRADAS

REVISTA SEMANA

Año III

Director, Próspero Calderón

N.º 118



Fot. Paynter Bros

Señora Doña

Anita García de Hine

España y América

A la que nos cría al nacer.
No por anciana se deja:
Mientras más pobre y más vieja
Más se la debe querer.—CANO.

La hora solemne en que la luz rasgase la pavorosa oscuridad que nos envolvía, se aproximaba: los caducos monarcas, sostenidos por las bayonetas, creíanse seguros en sus carcomidos tronos, los que fueron nimbados por el ariete formidable de la intelectualidad francesa del siglo XVIII, la que inició en el orden de las ideas, la revolución, que, pasando á las vías de hecho, arrolló con cuanto se opuso á su paso, cayendo las viejas tradiciones al embate de la piqueta demoledora del progreso y llevando al terreno de la práctica el hermoso dogma proclamado por Jesucristo, «*todos unos, todos iguales*».

Los apóstoles de la democracia, en cuyos corazones ardía constantemente el fuego del patriotismo, eran perseguidos y condenados á muerte, subían al patíbulo serenos y sonrientes; aunque al presente mostrárase oscuro el horizonte, ofrecían su sangre generosa en aras de la patria, porque confiaban en el porvenir, y, con los ojos del alma, en medio de la tenebrosa noche del despotismo, en lo alto de los cielos veían aparecer, cual símbolo de redención, la estrella de la libertad que iluminaría al fin el vasto continente americano.

España, la noble nación que en Zaragoza, Cádiz y Bailen, cuyos hijos indómitos y fieros supieron morir por su independencia antes que ser sometidos á extraño yugo, nos enseñó que la libertad es el supremo ideal á que debemos aspirar; y sin embargo, llenaba sus presidios con los americanos que se distinguían por sus simpatías hacia las ideas redentoras, soñando con sustraer á sus hermanos oprimidos de la tutela colonial.

Al través del tiempo y del espacio vemos más radiosas y atravesadas las figuras del Cura de Dolores, Hidalgo y Costilla, de Abasolo, Allende, Aldama, en Méjico; y las de Bolívar, Sucre, San Martín, Páez, Ricaurte, etc., en el Sur: luminosa constelación de héroes, con valor para no desistir en la ejecución del proyecto temerario, jamás amortiguado en las sangrientas lides en que, si luchaban por alcanzar la libertad, los iberos, fieles á sus gloriosísimos antecedentes históricos, defendían palmo á palmo los dominios de su soberano.

La victoria se pronunció esta vez en favor de los sostenedores de la buena causa: la del oprimido contra el opresor; y decimos buena porque el móvil lo era: obtener algo que la pluma no puede describir; algo á cuyo nombre nos sentimos conmovidos por eléctricas vibraciones; algo que por más que nos esforcemos en expresar la alegría ó tristeza que nos causan sus prosperidades ó infortunios, queda mucho que el lenguaje humano no alcanza á interpretar: la Patria, síntesis de los más puros anhelos.

En Centro América sentíanse también estremecimientos de vida: la libertad, enervada en los trescientos años del gobierno español, recobró sus fueros y entusiasmó á los patriotas que propagaron por medio de la palabra, hablada ó escrita, la santa idea de la emancipación.

¿Para qué citar á nuestros próceres si todos llevamos impresos sus nombres en nuestras almas? Y parécenos escuchar desde las alturas la voz de aliento y de bendición con que ellos invocan, para nosotros, el mismo espíritu patriótico que diera vida, en el concierto de los pueblos cultos, á Centro América libre é independiente, que surgió como la Eva del Paraíso, llevando sobre su cabeza la inmarcesible aureola de los pueblos redimidos.

Necesitaríamos que se nos atrofiase la memoria y que perdiésemos el uso del divino idioma castellano, como lo llamó Víctor Hugo, para poder olvidarnos de España. Si cometió en América trascendentales errores, no fueron solamente suyos; los vemos cometidos, más graves aún, por otras naciones colonizadoras. En las postrimerías del pasado siglo y en el presente hay países que justamente han merecido enérgicas censuras por sus infucas exacciones y su conducta infame en nombre de la civilización y del progreso.

Sin odios por nuestros antiguos dominadores, al memorar nuestra entrada á la vida autónoma, saludamos á España como á nuestra madre cordialmente querida; sus glorias son nuestras y sus desgracias nos conmueven como miembros separados de la que en otro tiempo fué una sola y poderosa familia.

Los vínculos de la sangre y del idioma establecen solidaridad indestructible que jamás podrá romperse, como no se rompe el engarce del hilo de oro, por más que las perlas, unidas en otro tiempo por el amor, después se vean disgregadas para formar collares más ricos y de matices seductores.

La Historia—dice el americano Rufino José Cuervo—tiene ya dado su fallo y en su tribunal oprimidos y opresores han llevado su merecido; rotas ya las antiguas ataduras unas y otras son hermanas, trabajadoras de consuno en la obra de mejorarse impuesta por el Hacedor Supremo. En el templo de la gloria reposan los nombres de los héroes de la independencia americana apareados con los de Guzmán, Padilla, Palafox y Castaño y todos proclaman al mundo que en su raza son ingénitos la sed de libertad y el esfuerzo para conquistarla.

Nuestros próceres no perecerán jamás en el olvido: en sus tumbas resplandecen destellos de inmortalidad, porque nos legaron el bien más estimable para los individuos y para las nacionalidades.

La gratitud, esa emanación del cielo, justo será que la llevemos en nuestros corazones los centroamericanos; y ¿qué mejor medio de corresponder á la meritoria labor de aquellos próceres, que continuar el camino que ellos recorrieron sobre la tierra, inspirándonos en sus altas virtudes y en el fin que santificaron hasta con el sacrificio de su vida?

Federico Sáenz de Tejada

Mi Musa

Mi musa es joven, placentera y fuerte,
es de ático gracejo;
en su hermosura majestad se advierte,
las agrestes cascadas son su espejo.

El ansia que la alienta es infinita,
su risa es una escala;
para acudir á mi amorosa cita
jamás con artificios se acicala.

Sólo gusta de ornarse con los minios
que va luciendo el Sol en el espacio;
agranda en sus anhelos sus dominios,
la bóveda del cielo es su palacio.

Conjura y apostrofa
la negra duda que en mi sien estalla;
azota á la Soberbia con su estrofa,
santigua á la Bajeza con su tralla.

Cantarle á la indigencia fué su culto
y nunca su incensario
perfumó ni al tirano ni al estulto,
pero al huérfano sí y al proletario.

A éstos que caminan sobre abrojos,
sin luz, sin esperanza, sin anhelos,
burlando las retinas de sus ojos
con el vago espejismo de los cielos;

A éstos que en el mundo
van impelidos por contraria suerte,
entre la nave del dolor profundo,
al puerto silencioso de la Muerte;

A éstos que caen al precipicio
al empuje tenaz de las miserias
y que en las garras del inmundo vicio
agonizan sin sangre en las arterias;

A éstos élla canta
y rinde el homenaje de sus versos;
á los Caínes, su protesta santa,
su estigma, á los inicios y perversos.

Ama al Cristo que sube á su Calvario
sin que le arredre el heridor insulto;
al luchador que elige por contrario
la valla de un tumulto.....



Fot. Rudd
Lisimaco Chavarria

Es hija de los Andes.....
oxigena en los campos sus pulmones,
extiende al Sol sus níveas alas grandes
y rige una cuadriga de ilusiones.

A una puesta de Sol, á una cabaña,
al trueno que retumba,
al rayo que fustiga la montaña,
al silencio profundo de una tumba;

Y á todo lo que envuelve una grandeza,
eleva su canción hecha agasajo,
y así como maldice á la Bajeza,
alza himnos á la Vida y al Trabajo.

A todo aquello que á lo grande aspira
y que lo innoble y lo servil rehusa,
entona salmos en su extraña lira
esa deidad ingénita: mi Musa!

Lisimaco Chavarria

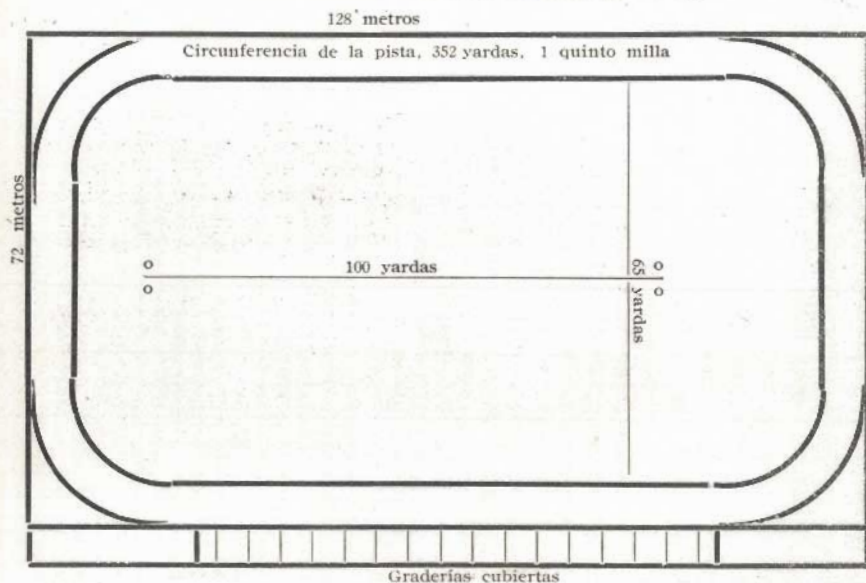
Un campo atlético para el

Liceo de Costa Rica

Demasiado conocida es la frase «Mens sana in corpore sano» y suficientemente comprendido es el valor de su aplicación en este progresista país para entrar en disertaciones acerca de la necesidad de fomentar, por todos los medios posibles, la práctica de los ejercicios corporales entre el pueblo costarricense.

Me limitaré, pues, á exponer brevemente un medio de mejorar considerablemente el ramo de educación física en el Liceo de Costa Rica.

A este plantel, como institución educacional de primera clase, le falta una dependencia que en los colegios alemanes, ingleses y americanos ocupa un lugar importante. Le falta un *Campo de Sports*.



Todos los profesores de gimnasia del Liceo han deplorado la falta de un campo de juegos y ahora que los fisiólogos modernos demuestran la importancia de los ejercicios corporales, especialmente de los juegos al aire libre, como primer factor para conseguir un desarrollo perfecto del cuerpo humano, la construcción de un campo apropiado á estos ejercicios se hace indispensable.

El plan que acompañamos explica suficientemente las disposiciones de un campo atlético tal como en los colegios norteamericanos se construyen.

El campo se divide en cuatro partes: una cerca de planchas de hierro; unas tribunas ó graderías, con capacidad para 500 personas;

una pista para carreras á pie, de un quinto de milla en perímetro; y un patio para los juegos de bola que requieren un espacio extenso.

En la construcción del campo atlético se gastarían aproximadamente 4,500 colones. El terreno propio para este objeto es el antiguo patio de un beneficio de café, propiedad del Liceo, que no tiene ninguna utilidad presente y que está separado del gimnasio del Liceo por el ancho de una calle.

El proyectado campo permitirá al profesor de gimnasia del Liceo dar sus clases, cuando le sea posible, al aire libre, y de este modo podrá hacer practicar á sus alumnos estos dos juegos nacionales de los anglosajones, el football y el baseball, juegos hasta la vez prohibidos en las clases regulares de gimnasia, por la falta de lugar.

El profesor de milicia tendría allí un terreno adecuado en donde podrían hacer convenientemente sus evoluciones 200 alumnos ó más. Los alumnos del Liceo después de las horas de clases, podrían ya practicar comodamente sus juegos acostumbrados y dar frecuentes *matches*, de football, baseball, tennis, cricket, etc., sin que el público, para presenciar estos juegos tenga que encaminarse á la Sabana.

El campo, finalmente, podría utilizarse cuando fuera necesario, para fiestas escolares, manifestaciones y actos públicos.

Serían muchas é importantes las ventajas que traería tal reforma, un trabajo de carácter permanente cuyos efectos inmediatos serían los de estimular y facilitar la práctica de los ejercicios físicos entre los alumnos de un plantel que ha sido llamado el primer colegio de Centro América.

G. Louis Michaud

Río Janeiro

Es una ciudad finamente bella, que se burla del equilibrio y de la geometría. Se ha formado caprichosamente, sus pies se bañan en el mar y su cuerpo toma las más extrañas posiciones del mundo. Sus casas se elevan hasta la cima de las colinas, en una farándula de techos rojos: van á ocultarse en pequeños abismos sombreados por bambúes; vuelven sobre sus pasos y se agrupan á trechos ó se alejan, según las sinuosidades de la roca. Parece que se les ha tirado á puñadas. De veras que compadezco á los desgraciados que no verán nunca á Río y se contentarán toda su vida con veranear en Royan y en Sables d'Olonne.

Casitas blancas, casitas rojas, callecitas empedradas de agudos guijarros, sin aceras, de modo que los coches invaden todo el ancho de la calle, rozan las puertas y aplastarian por docenas á los transeúntes si no hubiera tiendas abiertas y si los pobres transeúntes no tuvieran el supremo recurso, en el momento del peligro, de hundirse en un tonel de olivas ó melao.

Gastón Dauret

La tarjeta postal

Escrito en francés para "Páginas Ilustradas" y traducido por Daniel Ureña

¿Se recuerda aún de lo que era la tarjeta postal hace algunos años apenas? Un vulgar y banal rectángulo de cartón verde de agua ó gris perla; una misiva sin carácter personal y prematura; una palabra librada á la curiosidad, tan á menudo perversa y casi siempre burladora de cada cual; después el pequeño telegrafista de doce años que por las calles, andariego, rie al sol que dora los postigos oscuros, hasta el constructor torpe que atropella á los transeuntes con el ángulo saliente de su caja llena; desde la conserje escudriñadora, hasta la pequeña niñera avispada y charlatana del sexto: entonces la tarjeta postal no era más que una breve indicación, una nota inapreciable, un recuerdo vago ó una carta comercial concisa y económica . . . y nada más.

En las revistas de fin de año, algunas veces la tarjeta postal llegaba bajo el aspecto demacrado de una cantadora tísica, pero no se retardaba, el sello de correo le arrastraba luego, el antiguo sello de correo, demudado, sin uso.

Hoy la tarjeta postal ha tomado una considerable importancia; los estancos de tabaco no son suficientes para su exhibición, los almacenes se han abierto vastos, inmensos y numerosos . . . numerosos para dar celos á los mercaderes de vinos, y no es poco decir, si se le imagina en el número incalculable y cada día creciente de esos honrados comerciantes. La tarjeta postal ha llegado á ser una de esas cosas inútiles que no se puede pasar sin ellas; forma parte de las mil fantasías que no sirven para nada, pero que—¿qué les parece?—son indispensables como el tabaco para los hombres, como los polvos de arroz para el sexo débil y adorable: evidentemente esto no es nada, pero todavía no se puede vivir gratamente sin esta nada. Señora, todo es tan relativo acá en la tierra.

Se ve como cosa enorme, inconcebible; hace diez años apenas, que en cada casa el álbum de tarjetas postales tiene lugar señalado, lugar escogido cerca del álbum revestido de peluche rojo ó azul y de cantos dorados como un agregado de embajada, donde el daguerreotipo cambiado de abuelo cano comadrea con el semblante riente de modernismo; donde grupos de boda, complacientemente, se ostentan con encantadoras blancuras de ropajes florecidos del emblemático naranjo.

Es que, más feliz que la burocracia rusa, la tarjeta postal ha sido transformada enteramente por una revolución de lo más pacífica, en verdad, pero absolutamente radical también: ¡ha llegado á ser ilustrada!

¡Jé! ¡Jé! Era tan simple, ¿no es cierto? El huevo de Cristóbal Colón, qué? Hoy día era preciso soñar en eso. Y—ved la ingratitud, la injusticia inconcebible de nuestros contemporáneos—en tanto que Cristóbal Colón se erige, en mármol ó en bronce, desafiando el olvido, á los cuatro costados del globo terráqueo; en tanto que, radioso, su nombre ha atravesado las estepas dolorosas del tiempo, nadie conoce al inventor de la tarjeta postal ilustrada, y, por lo mismo, en ninguna época se perpetuará su memoria.

¿Cuál es el artista que, el primero, soñó y efectuó este genial cambio? ¡Misterio!

¿Un Ministro, un Subsecretario de Estado bien deseoso de aumentar los beneficios del Presupuesto? ¡Oh! que no, M. Rouvier no hubiera osado prever esto. Pero aparentemente, algún colega avisado, algún industrial industrial que conocía la humanidad como ningún otro, y hé aquí que la cosa le ha resultado perfectamente . . . ha salido más allá de sus previsiones, sin duda.

Ante el éxito, siempre creciente de los diarios ilustrados, siempre más numerosos, era evidente que el público tuviera una predilección muy marcada por los grabados. No bastan los museos para llenar esta necesidad; por otra parte, el desorden es oneroso en nuestra época americanizada en que el *time is money* está muy de moda como allá abajo; los salones anuales? Sí, sin duda, pero aquello cuesta todavía. ¿El espectáculo de la calle? No queda tiempo de detenerse con esos endiablados de Antos, con esos satánicos de Motos. Había, pues, una necesidad insaciable. Y bien, ¿no somos todos grandes niños que apeteceamos hojear los álbumes en que desfilan los hechos principales, salientes de las actualidades, ya sean estas actualidades las mismas de ayer, de anteayer, que las que datan de quince, veinte ó cincuenta años ó más?

La tarjeta postal, con la perfección de la impresión moderna, con el progreso de la fototipia, del grabado, de la fotolitia, con su forma reducida y elegante, debía sugerir el ideal de la ilustración, el lindo cuadrillo que se conserva, la historia del día, y, en efecto, se ha rodeado de infinidad de adeptos.

* *

Es preciso convenir, por ser lo justo, en que los comienzos fueron pocos brillantes en el nuevo camino: la tarjeta postal ilustrada fué, poco más ó menos, gan fea como el papel de carta floreado y con orlas, sobre el cual los mocozuelos tarrapateaban las tradicionales promesas de año nuevo, probablemente para demostrar la ingenua sinceridad de su alma. Tuvimos que sufrir una horrorosa avalancha de rosas de pétalos condensados, de margaritas tiesas como zinc, de miosotis recortados con sacabocado; y como si esto no fuera suficiente, la buena y pensadora Alemania nos abrumó con composiciones pastoriles en que Luis XV se mezclaba con las rudimentarias decoraciones de los fabricantes de juguetes de la Forête-Noire; en resumen, fué un solemne disparate para hacer rechinar los dientes de una Pandora ó de un pertiguero.

Pero, poco á poco, el arte de la tarjeta postal se fué refinando: graciosas imágenes pasaban rápidamente seduciendo los lacayuelos y la pueril imaginación fresca de los escolares: delicados perfiles de mujeres miran el encanto de sus ojos entre el oro de las elegantes y frágiles sinuosidades del estilo moderno ¿que hacía el público? Con una bendita gracia embelesadora, se entusiasma: el impulso estaba dado, la tarjeta postal artística se había creado.

Por otra parte, ¿no tenemos maestros incomparables en la litografía moderna: no tenemos el prestigioso colorista que es Chéret; no tenemos ese grabador adorable que es Villette? ¿Cómo asombrarse aquí del triunfo universal que obtiene la tarjeta postal; cómo asombrarse también de que ella haya alcanzado, desde un principio, las cimas de la belleza, ó para ser absolutamente justos, de la gracia?

Después, la Administración de Correos y Telégrafos, por esta vez, ¿sabe usted?, estuvo bien inspirada al reemplazar á la fría Mariana que hacía equilibrios sobre el mapa-mundi, por el lindo timbre elegante en que los graciles Amores enseñan su limpia desnudez.

* *

Al lado de la tarjeta postal ilustrada, vimos luego aparecer las vistas panorámicas, pintorescas, curiosas en todo sentido: todos los pueblos de Francia y del extranjero, la pequeña isba rusa y la más estéril aldea dahomesa fueron fotografiadas; todos los sitios, todos los caudales de agua, todas las montañas fueron fijados sobre la placa sensible y todos los monumentos adornaron el cartoncillo de la Administración postal.

En adelante nada podía construir un dique á la ola de coleccionistas: fueron innumerables, *todos* fueron.

¡Y qué lindas cosas no nos descubrieron las tarjetas postales! ¡Qué magnífica, qué incomparable enseñanza geográfica! ¡Recuerda usted, caro lector, de la aridez de esta ciencia; le vienen á la memoria las horas fastidiosas pasadas sobre los bancos de la escuela, aprendiendo los departamentos, capitales y todo el diablo y su comitiva en los odiosos Atlas? Ahora es un estudio risible y sabroso: todas las dificultades se han vencido y se lo debemos á la tarjeta postal.

Y no pára aquí: es una historia del arte, pero una historia popular, por otra parte más atrayente que los léxicos fastidiosos; una historia en que las fórmulas huecas fueron reemplazadas por el aspecto mismo de la belleza.

La tarjeta postal es, pues, la educacionista ideal, simpática—¿es esto un defecto?—pero perfecta, absoluta, completa.



Hemos dicho una palabra acerca del embaimiento del público por los diarios ilustrados, por la evocación fotográfica ó dibujada de hechos diversos; hay en la tarjeta postal un filón maravilloso, inagotable y se ha aprovechado. La guerra ruso-japonesa, después de un año enriqueció los álbums con un verdadero arsenal de cañones, de metralhas, de navios, de fusiles: un verdadero museo de la armada; con "instantáneas" palpitantes de batallas, más ó menos *naturales* pero siempre verosímiles; y las japonerías afectadas de un arte tan sutil. Los manzanos en flor, las *mousmés* menuditas y pintadas.

La política misma, esa gran semilla de discordias, la política alimenta las colecciones de los cartófilos. Nuestros ministros hacen lindamente risitas agradables en los álbums *ad-hoc*, y en esta categoría, ustedes lo saben, eso no dura. Una buena interpretación y hé aquí diez ó doce cabezas nuevas sin contar las caricaturas, y hay numerosos M. Combes, no me desmentirán, lo mismo que M. André ó Pelletán.

¡Y el teatro! El teatro variado á lo infinito; la cantidad de piezas que se aumentan cada día, hé ahí aún un alimento precioso para la tarjeta postal.

Cada estrella que se levanta encima de la fila de candilejas del proscenio de nuestros salones musicales, de nuestros Odeones y de nuestros *bodinières*, se ve lanzada en millares de ejemplares por la tarjeta postal: ¡qué formidable reclamo!



En resumidas cuentas, ¿ha prestado sus servicios la tarjeta postal ilustrada? Según lo que precede, es inútil repetirlo.

Hemos visto que ella ayudaba con eficacia á la enseñanza de la geografía; que es una ayuda poderosa para la difusión de la belleza, para la educación artística de las masas; y no hablaré de las cordiales relaciones que se preparan entre los cartófilos, como quiera que esto tenga una importancia que no sea ¡en verdad! de desdeñar.

Y aun cuando ella misma no tuviera otro fin que el de formar álbums variados, disparatados un poco; aun cuando no tuviera otro fin que el de distraer los ojos de los pequeños, lo mismo que los de los grandes niños, tendría todavía la apreciable utilidad de hacer olvidar por un momento las realidades—que ¡ay! no tienen nada de alegres!

En verdad, por esto solamente sería buena la tarjeta postal!

Geo. Courtain

El último combate

Brasas que el soplo de la ira enciende
del gran testuz entre la felpa de oro,
lucen los ojos del soberbio toro
que por la pampa su mirada extiende.

La tierra toda dominar pretende
en homenaje á su imperial decoro;
su voz, con ecos de clarín sonoro
bronca y marcial por el espacio asciende.

Ha salvado sus predios; peregrino
de apartada dehesa, en su camino
todo le inspira rabia y desconcierto;
y en mitad de la angosta carrilera
ve venir hacia él, por vez primera
un tren que asoma en el confín desierto.

Con impulso de roca descujada,
monstruo veloz que al galopar jadea,
avanza el tren; en el espacio ondea
su trágica melena alborotada.

En su marcha tenaz, desenfrenada,
su férrea trompa inclínase y rastrea;
es un lebrél gigante que olfatea
la fuga de una liebre en la llanada.

Fiero prorrumpe en ásperos silbidos
cuando el toro aparece en lontananza;
el bruto le responde con bramidos:

Y al ver la mole que hacia él avanza,
preparase á embestirla, recogidos
sus nervios con indómita pujanza.

Ya llega; los puñales de su frente
vibra feroz, y en loca arremetida,
lánzase contra el monstruo que trepida
y llena de clamores el ambiente.

Suena un choque brutal, choque estridente
de huesos rotos en atroz caída;
vacila el tren con honda sacudida,
sus carros se entrechocan rudamente.

Reina un instante de pavor profundo
dentro de aquella máquina bravía;
se alza un clamor humano, gemebundo.

Pero prosigue el tren: junto á la vía,
sangriento, destrozado, moribundo,
yace el bruto de olímpica osadía!

Las mujeres varoniles

Fragmento de una carta de la Baronesa Libert

“Decía que muchos maridos, no gustaban de los modales que toman algunas mujeres de estos días, para parecerse á los hombres. En efecto, el feminismo exagerado que se ha desarrollado entre nosotras, de algunos años á esta parte, seguramente os amenaza también. Hemos tenido por cierto una independencia relativa que no deja de tener su encanto; pero muchas, entusiasmadas por el éxito, han sobrepasado los límites y ya es tiempo de decirles ¡alto! á esas atolondradas. En resumidas cuentas, ¿qué es lo que tenemos que ganar igualándonos en todo á los caballeros? ¿Al obtener sus privilegios, tendríamos sus deberes y obligaciones? ¿Acaso no es bastante para una mujer ser hermosa, elegante, festejada, y nuestra debilidad misma ¿no es una fuerza cuando sabemos emplearla?

Séame permitido deciros, que uno de los grandes encantos de la mujer, es ser verdaderamente mujer; todo lo que pueda recordar los modales ó el traje masculino no puede sentarle. Si una joven me pidiese un consejo, le diría: FEMENÍCESE lo más posible.

Los gestos demasiado bruscos, las expresiones propias de los hombres, la manera de sentarse, de caminar con pasos demasiado grandes, todo eso, es poco gracioso y fuera de lugar en una mujer, sobre todo cuando es joven.

La “toilette” debe cuidarse mucho; todos esos cuellos tiezos que encieran el pescuezo como en una argolla, favorece muy poco. Adornad el traje con pasamanerías, encajes, cintas, cadenas, alhajas, etc. Nada de corbatas de hombres, #alzado de hombre, camisetas de hombre. La gracia y el encanto personal de nuestra “toilette” han de residir precisamente en las cualidades predominantes de la mujer, que deben ser al contrario de las del hombre. Allí donde es severo, sencillo y sobrio en los caballeros, debemos lucir la delicadeza y la gracia que permitan nuestros adornos”

Jerez de la Frontera.—Cádiz. (España).—24 de junio de 1906

SEÑOR DIRECTOR DE *Páginas Ilustradas*

San José

Muy señor mfo y de mi más distinguida consideración: Me permito molestar la ilustrada atención de V. para suplicarle me envfe un número cualquiera del periódico que tan dignamente dirige (aun cuando sea de fecha atrasada), con el objeto de que figure en una colección que estoy formando de publicaciones periódicas.

Confiado en que tendrá la bondad de acceder á mi ruego, le anticipo las gracias y me ofrezco su más atento s. s.,

Q. B. S. M.

Manuel Cañete

Héroes de la ciencia

Alejandro de Humboldt

Federico Alejandro Humboldt, hermano del diplomático C. Guillermo de Humboldt, de la aristocracia alemana, nació en Berlín en 1769 y murió en 1869. Educado desde sus primeros años entre personalidades muy distinguidas por su cultura intelectual, cobró decidida afición á la ciencia á la que consagró todas sus actividades hasta los últimos días de su existencia. Sediento de saber recorre con avidez el extenso campo de todas las ciencias, físicas, naturales, matemáticas, químicas, astronómicas, realizando en algunas de ellas trabajos de mucho relieve y dignos del mayor elogio. Su espíritu insaciable va salpicando y espigando en todas las esferas del pensamiento deteniéndose de vez en cuando en aquellos dominios donde se encuentra de momento más satisfecha su inteligencia algo inquieta. Humboldt es una capacidad, pero es una capacidad que propende á abarcar demasiado, á causa sin duda de la febril actividad científica que se desarrolla durante los días de su existencia, en todos los ramos de lo que constituye lo que se llama la ciencia moderna. Quiere saberlo todo, todo le entusiasma y por tal motivo, se le ve dedicarse á la química bajo la dirección de Gay Lussac, emprender excursiones científicas al Nuevo Mundo, dedicarse á la geología y á las matemáticas, escribir sobre astronomía y física del globo, estudiando siempre y trabajando con ardor en la investigación de los fenómenos naturales. Al fin de su vida escribe el *Cosmos*, descripción física del Universo, que se vulgariza y es leído en todas partes.

El hecho más culminante de la vida científica de Humboldt, es la excursión al Nuevo Mundo, en la que invirtió cinco años consecutivos, llevada á cabo en compañía de Bompland y Kunt el célebre monografista de las plantas monocotiledóneas; especialmente de las procedentes de aquellas regiones. En esa notable excursión se recogieron numerosas é importantes observaciones geográficas, etnográficas y de Historia Natural, de las cuales obtuvo la ciencia abundantes frutos, tanto más apreciables cuanto se vino en conocimiento, con tal motivo, de nuevas y abundantes especies desconocidas hasta aquella fecha. Nuestro biografiado fué el alma de la referida expedición llena de dificultades y de variados accidentes.

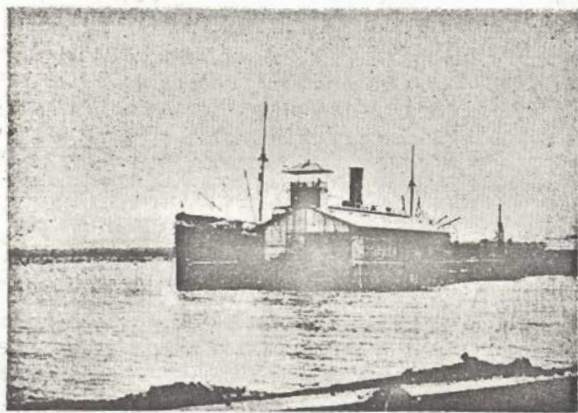
Sus escritos más importantes son los siguientes:

Ensayos sobre el análisis químico de la atmósfera y sobre algunos objetos de Historia Natural.—Viajes á las regiones equinociales del nuevo continente.—Vista de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América.—Colección de observaciones de geología y de anatomía comparadas.—Colección de observaciones astronómicas, operaciones trigonométricas y medidas barométricas.—Distribución geográfica de las plantas.—Ensayo político sobre la Isla de Cuba.—De la constitución de los volcanes.—El Cosmos.

Revista de Revistas

Mr. Rockefeller, Su Magestad Petrólica, está actualmente en París y ha eclipsado á todos los visitantes exóticos, llegando á privar de su aura popular hasta al dichoso Sisowat, aquel famoso rey, competidor del otro, de no menor fama, el rey que rabió.

Rockefeller es el niño mimado por los parisienses: los diarios publican su retrato acompañado de su biografía y de una suma de dólares en que entran *nueve* *veintes*! Los Kodakistas (con permiso de la que limpia, fija y da esplendor), lo *toman* en todas las posiciones imaginables y él está tan acostumbrado á ello que, instintivamente, se coloca para todos los actos de su vida, en una posición académica. Por eso han dado los parisienses, que casi tienen tanto ingenio y tan mala lengua como nuestros pollos del Imperial, ó del Club del Higueron (Parque de Morazan), en llamarlo *poseur*. Pero el multimillonario se queda tan fresco!



Una vista en Puerto Limón

Fot. Páginas Ilustradas

En 1855 no poseía Rockefeller más que sus dos manos y su cerebro [esto es un modo de decir]; en 1865 tenía ya \$ 15,000; en 1870, \$ 50,000; en 1872 llegó al millón; en 1875 poseía 5 millones; en 1885, 100 millones; en 1899 llegaba su capital á 250 millones y en 1906 posee ya 550 millones!!

Por supuesto que las parisienses que taconeán en los bulevares lo que se llama *le haut paré*, le echan unas miradas capaces de fundir, no diré esos millones, sino una montaña de oro; pero Rockefeller no les corresponde, pues sus 68 años bien contados y sonados y su gran práctica en las cosas del amor, le hacen bajar castamente las miradas y rehuir las provocaciones feministas.

¿Será feliz con tantos millones? Parece que no. Una dispepsia atroz le impide satisfacer su apetito que es grande. Su edad le prohíbe divertirse de otro modo y su vida ha sido de constante lucha y de ardua labor. Por consiguiente, ni pudo gozar de su juventud, ni ahora en la vejez tiene descanso ni placer alguno. Que se quede con sus 550 millones.

La cuestión del beso ha vuelto á ponerse sobre el tapete en Europa. ¿Es anti-higiénico el beso? ¿Debe abolirse su uso? y mil cuestiones más han sido debatidas con calor en la prensa diaria.

A mí nadie me ha pedido opinión; pero como tengo la libertad de externarla y *Páginas Ilustradas* no protesta por el uso ó abuso que yo hago de ese derecho ¡allá vá!

Estoy por la conservación de una costumbre tan dulce y galante y creo que nada hay en ella de anti-higiénica, porque supongo que nadie besará una boca sucia ó llagosa; sino que buscará una, fresca, sana, de labios carnosos y rojos. Por otro lado, no sólo la boca se besa y, poniendo aparte las locuras de los enamorados, si se besa una mano, será la de una bella dama que cuidará de ella como las beatas de una imágen sagrada; por consiguiente no habrá temor de contagio. Además, si se le ocurre á esos señores moralistas y *anti-microbistas* declarar la guerra á los besos ¿qué les quedará á los amantes? Casi nada.

Estoy seguro de que el 99 por ciento de mis lectores están conmigo y eso basta para satisfacer mi vanidad de defensor del beso.

“ Si tu boca provoca,
No es un excés
Que mi boca á tu boca
Le pida un beso.”

Según escribió el festivo autor de *Concheries*



¡Cómo progresa la humanidad! Haciendo unas aplicaciones terapéuticas de los rayos X, un doctor, cuyo enrevesado nombre no recuerdo en este momento, notó que sus canos cabellos tomaron á los pocos días un hermoso color de azabache.....y.....á millares llegan hoy los viejos verdes y los jóvenes maduros á recibir el beneficioso baño de luz que convertirá sus entrecanos ó blancos *pilus* en cabellera, cuyo negror les rejuvenecerá en no despreciable cantidad de años.

Un empresario de esta ciudad, ex-usurero, ha pedido la nueva máquina y está seguro, según sus cálculos, de ganar más con ella que con el 10 por ciento semanal de antes. ¡Ya lo creo! Veremos á tantos y tantos *poivre et sel* volver á la juventud! Lo malo es que cualquiera matrona podrá *pegarnosla* con facilidad. Por suerte que yo soy papel quemado.



En *La Quincena*, revista importantísima que se edita en la Tipografía Nacional de San Salvador dos artículos del conocido escritor centroamericano Rubén Darío, intitulados *Visiones de París*.

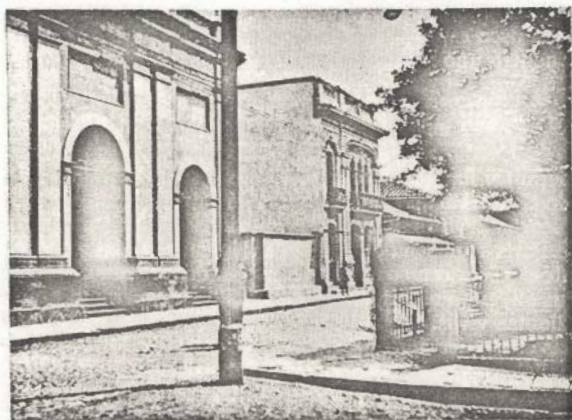
El primero se refiere á ese escritor tan especial llamado Edmundo Rostand. De dicho artículo extracto los párrafos siguientes que, por su sabor decadentista y su crítica casi acerba, demuestran la superficialidad del señor Darío que juzga á Rostand desde un punto de vista estrambótico, como todo lo de los decadentes. Dice así:

“ Monsieur Edmond Rostand, el célebre autor de *Cyrano*, el Benjamín de la Academia Francesa, es, indudablemente, un hombre feliz. Sus muchas docenas de admirables camisas, son las camisas del hombre feliz. Tiene millones. Tiene una linda mujer que le comprende dos veces y que se llama Rosamunda. Va á hacerse una casita de soñar y gozar en Cambo, lugar meridional y florido. Cada paso que ha dado ha sido un triunfo. París y las parisienses se han enamorado del Rey Rostand.....

... Gusta, naturalmente, de la elegancia y del lujo, y en ellos vive. Era enfermizo; hoy tiene hasta salud. Cada vez que escribe un verso se gana un luis, si no más:

Ce sont les cadets de Gascogne
De Carbon, de Castel-Jaloux,
Bretteurs et menteurs sans vergogne
Ce sont les cadets de Gascogne....

Diez luises por lo menos. *L'Aiglon*, *La Samaritaine*, la mar de luises. Escribe cuando quiere, como quiere, en donde quiere... ¿Qué no hubieran hecho Lafargue con fortuna, Verlaine poderoso, Mallarmé con rentas copiosas? La gloria de D'Annunzio es pactolizada. Y el talento innegable de Rostand no se alzaría tanto si, como se sabe muy bien, no hubiese sido sostenido por la omnipotencia de los cheques. Sus dramas han sido lanzados como cocotas. ¿Cuántos talentós como el de Rostand habrán desaparecido, ignorados en Francia, por no tener la llave que abre todas las puertas en nuestro tiempo de negocios? Claro es que lo que Dios no da, ni Salamanca ni el Banco de Francia lo prestan.....



San José.—Vista cerca de la iglesia del Carmen

Fot. Páginas Ilustradas

... ¿Es injusta la suerte con M. Rostand? De ninguna manera. El mérito del portalira es evidente. Solamente que, lo que es un grato jardín, como el "Verger de Coquelin", se confunde bajo el imperio de la *réclame* con un monte olímpico. Se ha llegado á pronunciar la palabra "genio". ¡No, por Dios! Talento. Se ha dicho: "El verbo de la Francia". ¡No, por Dios! El verbo de la Francia se llama Rabelais, Pascal, Voltaire, Hugo. M. Rostand, que sucede á M. de Bornier en su sillón de la Academia Francesa, es un poeta superior á M. de Bornier. Es un poeta elegante, delicado, bravo, sonoro, ágil, excelente rimador; y como teatral, como poeta de la escena, de primer orden. Nada más... Y un Papa calificó al gran Emperador que fué á las Pirámides y á Santa Elena, tragediante, comediante... Rostand defiende las tablas, la teatralidad, la vida de las máscaras. No hay sino leer su discurso de entrada á la Aca-